

Vivir en Pascua

Por P. MARIANO ARROYO
Asesor del MTC

Los cristianos estamos de fiesta durante todo este tiempo. Es la Pascua, el *paso* del Señor por nuestras vidas y por la vida del mundo.

Históricamente, el origen de este nombre está en el pueblo de Israel que celebraba, cada primavera, el gran acontecimiento de la liberación de Egipto y que expresaba esta fe especialmente en la cena del cordero y los panes sin levadura. Esa es la cena que realizó Jesús con sus discípulos el Jueves Santo.

Pero la Pascua que nosotros celebramos encierra otro sentido. Ya no es el recuerdo de la liberación política de un pueblo determinado. Es la gran fiesta que acoge a toda la humanidad y no sólo a un pueblo. Es la fiesta del nuevo Cordero. Ese que se ofreció por nosotros en la cruz y que

abrió a los seres humanos las puertas de la esperanza.

Los hombres lo habíamos eliminado de nuestro mundo. Era demasiado limpio y santo como para que pudiera ser aceptado por un mundo marcado por el pecado. Pero Dios le dio la razón. Dios le rehabilitó y le dio la gloria que se merecía como hijo. Dios le salvó de la muerte a él y a todos los que él había convertido en hermanos suyos, todos nosotros.

Desde entonces, para los creyentes, la vida ha cambiado de sentido. No es que hayamos llegado ya a la Pascua definitiva. En gran parte vivimos aún en Viernes Santo. Todo lo vemos aún desde la oscuridad de la fe.

La cruz de cada día y la visión de un mundo que cada día nos parece más incapaz de encontrarse consigo mismo nos cuestionan y a veces nos desaniman.

Finalmente, allá, en lo profundo de nuestro corazón, está acechando nuestros pasos el último enemigo del hombre, que es la muerte.

Pero vivir en Pascua es tener el coraje de creer que la muerte no tendrá la última palabra como no la tuvo en Jesús. Ella será el último enemigo que venceremos.

La Pascua no es solamente algo que repercute en cada uno individualmente. La humanidad, que según decía San Pablo vive como encadenada, un día será liberada. Será el gran día de su Reino, ese Reino que vamos preparando cada momento con nuestros pequeños gestos, como grano de mostaza que un día Dios lo hará grande.

Δ